

en milagroso jardín
de las cristianas creencias,
trocando el árido invierno
en florida primavera.

IV

Juan Diego

MA primera luz del alba
suave, apacible, indecisa,
en claro fondo recorta
los picos de las colinas,
sobre los cuales elevan
sus siempre nevadas cimas
Popocatepetl grandioso,
magnífico el Yatlacihuatl.
Murmuradoras y frescas
corren el valle las brisas,
y al pasar sobre los lagos
sus azules aguas rizan
en ondas que mansamente
van á morir en la orilla.

Entre las hojas de plata
de la alameda vecina,

vense moverse á millares,
y en alegre algarabía,
pájaros de mil colores
que con notas cristalinas,
volando de rama en rama,
saludan al nuevo día.

De debajo de sus alas,
donde la tuvo escondida,
su cabeza saca aquél,
y débil, muy débil, pía:
y sacudiendo sus plumas
las más rebeldes alisa
con su pico, que después
á uno y otro lado afile,
rozándole con la rama
que al pasar el viento inclina.

El otro vuelve agitado
en su derredor la vista,
buscando á la tierna y dulce
compañera de su vida,
que no tarda en acudir
de un pobre insecto provista,
insecto que sus hijuelos
reciben con alegría,
y hambrientos se lo disputan,
quitándole forma y vida.

El de más allá, las notas
de sus gorjeos sublima
hasta hacerlas como nunca

netas, dulces y sentidas;
y es que pretende con ellas
facilitar la conquista
de una hembra que ayer tarde
vino huyendo de la villa,
que á la otra parte del cerro
desde el árbol se divisa,
donde estuvo en una jaula
á esclavitud reducida;
gozosa de verse libre
y señora de sí misma,
de los dulcísimos cantos
del amante no se cuida,
y á su amor indiferente,
ni le oye ni le mira,
ansiosa de disfrutar
de su libertad querida.

Mas ya viene tras del alba
suave, apacible, indecisa,
tendiendo doquier su manto
de lujosa pedrería
radiante de luz, la Aurora
de oro y de nácar vestida.

*
**

Viniendo por la vereda
que á la capital le guía,
con paso igual y ligero
hacia México camina

un indio de aspecto humilde
que en Tolpetlac se avecinda,
y es tenido por modelo
de cristianos en su villa.

Bien pasada la mitad
de los años de su vida,
abrazó la fe cristiana
con fervor que maravilla,
pues los mismos misioneros
por ejemplo le ponían
de piedad y devoción
entusiastas y sencillas,
y elogiaban las costumbres
ejemplares de su vida.

Deseoso de instruirse
en la sagrada doctrina,
cuyos divinos preceptos
consuelan y fortifican,
y son del catolicismo
la señalada conquista
que de única Religión
verdadera la acredita,
de su casa y de su pueblo
antes del alba salía
cada sábado, y salvaba
con celeridad y prisa
las dos leguas que entre el pueblo
y Tlaltelolco existían.

*
**

Mil quinientos treinta y uno
era el año que corría;
el mes, el frío Diciembre,
cuyas heladas tapizan
con blanco cendal de nieve
de los volcanes las cimas:
añade la tradición,
completando estas noticias,
que era la hora la del alba,
y sábado y nueve el día.

Absorto en los pensamientos
devotos que regocijan
su corazón inocente,
su alma cándida y sencilla
llegaba Juan Diego al pié
del cerrillo que apellidan
Tepeyacac, que «remate
de los cerros» significa,
cuando en una abrupta ceja
de peñascos, que á la orilla
de la laguna se alzaba
cual por magia suspendida,
un canto dulce y sonoro
oye que le maravilla,
pues tal le parece ser
de muchedumbre infinita
de pajarillos que cantan
con suavidad y armonía
en concierto singular,
cuyos ecos respondían

desde la altura del cerro
que sobre aquél se sublima,
de otra muchedumbre de aves
las canoras vocecillas.

Alzó Juan Diego los ojos
al lugar de dó partían
los milagrosos acordes
de la celeste capilla;
y blanca y resplandeciente
nube apareció á su vista,
cuyo contorno formaban
con variedad exquisita
los mil cambiantes colores
de un arco-iris, que partía
de los rayos de una luz
y claridad excesiva
que en el centro de la nube
con vigor se producían.

Absorto quedóse el indio
con el alma suspedita,
y á todo temor ajeno
y rebosando alegría
y felicidad suprema
nunca hasta entonces sentida
«¿Qué es—se dijo—lo que escucho?
»¿qué es lo que mis ojos miran?
»¿á donde he sido llevado?
»¿quizás por ventura mía,
»me encuentro en esa región
»de admirables maravillas

»que mis mayores llamaban
»en nuestra lengua nativa
»paraíso de deleites,
»celestial tierra florida,
»de los hombres pecadores
»oculta siempre á la vista?»

Apenas esta pregunta
héchose á sí mismo había,
cesó el celeste concierto
y del cerrillo en la cima
partió una voz melodiosa,
pura, admirable, divina,
que por su nombre llamaba
á Juan Diego y le decía:
que subiese, lo cual hizo
trepando con toda prisa
del venturoso collado
la escarpada cuestecilla.

v

La Aparición

ALEGÓ, y en el centro mismo
de aquella luz prodigiosa,
vió de súbito una bella
y hermosísima Señora,
en todo igual á la Imagen
que hoy su Santo Templo adorna.

Brillaban sus vestiduras
con luz tan deslumbradora,
que al reflejarla las piedras
parecíanlo preciosas;
y del nopal espinoso
las gruesas y verdes hojas
esmeraldas semejaban
de rica, imperial corona.

¿Pero cómo describir
la sorpresa milagrosa
con que el indio le escuchó
hablarle en su propio idioma
con palabras y expresiones
suaves, dulces, cariñosas?

De esta manera, Juan Diego
supo por la misma boca
de la inmaculada Virgen,
que la Celestial Señora
que su vista contemplaba
en su admiración absorta,
era la Madre de Dios
Criador de todas las cosas
que en los cielos y en la tierra
su gloria y poder pregonan.

Ella le dijo también
con suave voz amorosa,
como era su voluntad
que en aquellas mismas rocas
se le edificase un templo
donde, cual Madre piadosa,
las quejas escucharía
y las súplicas devotas
de los pobres naturales
que en cualquier momento y hora
recurriesen al favor
de que con su hijo goza,
la que es á la vez de Dios
Hija, Madre y tierna Esposa.

Hizo el favor extensivo
á cuantos la aman y adoran,
y su amparo solicitan,
y su protección invocan.

Para que tuviese efecto
su voluntad, la Señora
le suplicó que al Obispo
refiriese la asombrosa
maravilla sucedida
en tal lugar y á tal hora,
prometiéndole que el pago
y recompensa preciosa
del trabajo que en servirla
pudiera poner en obra,
serían cual suele darlos
toda Madre cariñosa.

Servirla la ofrece el indio,
humilde en tierra se postra
y de México el camino
de nuevo fogoso toma.

Llega al humilde palacio
donde el santo Obispo mora,
y no sin dificultades
que se le reciba logra.

Oye el prelado el mensaje
del indio, y aunque le asombra
el prodigio que relata,
con sencillez que denota

la fe con que el mensajero
á la Virgen Madre adora,
á creerle se resiste
y con frases bondadosas
dícele al indio que vuelva
en mejores día y hora,
salida que al buen Juan Diego
entristece y acongoja,
pues demuestra el poco credito
que á sus palabras se otorga.

Volvió el indio aquella tarde
al mismo cerrillo ó loma
donde esperándole estaba
la siempre Virgen Señora;
á la cual, dándole cuenta
de la no satisfactoria
suerte en su misión lograda,
dícele que si le importa
ver cumplido su deseo
y que el Obispo le oiga,
nombre para aquel encargo
noble y principal persona,
por ser tal, digna de crédito
que él por plebeyo no logra.

Oyó con benignidad
el discurso la Señora,
y consolando del indio
las penas y las congojas,
díjole que convenía
que su persona y no otra

fuera la que consiguiese
 poner en vía de obra
 el templo que desde entonces
 la verdad del hecho abona.
 —«Si esa es tu voluntad,
 dijo el indio á la Señora,
 yo la acato reverente,
 Virgen amable y hermosa.
 Mañana veré al Obispo
 y en la tarde, hacia esta hora
 su respuesta te traeré
 si es que logro que me oiga.»

Dicho esto, despidióse
 de la divina Señora,
 y á *Tolpetlac* regresó
 devorando la congoja
 de no haber sido escuchado
 en su demanda piadosa,
 quizás porque la humildad
 y la pobreza no abonan
 ni á quien en nombre de Dios
 por su honor y culto aboga.
 ¡Oh!... ¡Fraternidad mentida!
 ¡Oh!... ¡Igualdad engañosa!
 Jamás los hombres á ellas
 se ajustan ni se acomodan.
 ¡La verdadera igualdad
 sólo ante de Dios se logra!

Las rosas del Tepeyac

AL otro día que fué
 diez de Diciembre y Domingo,
 después de asistir á misa
 se dirigió el pobre indio
 al palacio bien humilde
 donde moraba el Obispo.

A fuerza de suplicar
 con lágrimas y gemidos,
 logró que entrar le dejaran
 á ver al santo ministro,
 y postrándose á sus plantas
 de nuevo el encargo dijo,
 de la celestial Señora
 segunda vez recibido.